Este País 31 Octubre 1993

LA MURALLA INFORMATIVA

Raymundo Riva Palacio

Detrás del frivolo -por el momento y en el contexto en el que se da- debate sobre el artículo 82, la Cámara de Diputados prestó poca atención a las reformas electorales relacionadas con el acceso a los medios de comunicación. Se habló, sí, pero de una manera epidérmica.

En su acomodo por posiciones políticas, no fueron pocos los legisladores que soslayaron este punto. Craso error para todos aquellos luchadores por una verdadera democracia, pues es a través de los medios de comunicación como un régimen, por más duro y cerrado que sea, comienza a fracturarse.

Cuando los sistemas políticos son ex-cluyentes y la homogeneidad del aparato burocrático en el poder comienza a perderse, la mejor vía para alcanzar la democracia real no siempre se acelera mediante un nuevo código electoral. Más bien, la historia reciente ha demostrado que eso nunca sucede.

Los cambios políticos, las *revoluciones de terciopelo* que se han experimentado en el último lustro, demostraron que cualquier ley es irrelevante frente a la fuerza popular y que ésta se moviliza como resultado de un largo proceso de inconformidad ante el *statu quo*, y explota en un determinado momento, en condiciones particulares y por diferentes motivos.

Pero si se revisan los antecedentes de cómo esa fuerza popular fue gestada, se pueden encontrar vasos comunicantes entre las fuentes de la molestia social. En cada una de esas explosiones, los medios de comunicación jugaron el papel detonador de crisis políticas o económicas o de credibilidad. En México, donde el país atraviesa por todas las crisis, el papel de los medios de comunicación no ha sido valorado cabalmente por las fuerzas opositoras, disidentes o críticas del gobierno, así como tampoco la trascendencia de la televisión.

El acceso a los medios de comunicación no es importante sólo en tiempos electorales. Es vital para la lucha continua y cotidiana de quienes buscan la apertura política. Hoy en día sólo los medios de comunicación son capaces de derrumbar pacíficamente las barreras que impiden la apertura, al convertirse en herramienta de enseñanza, primero, y en vehículo, después, de la inconformidad social.

Un caso, el de Alemania oriental, ilustra para la historia este proceso.

La historia comenzó a fraguarse el 9 de noviembre de 1989, fecha que el gobierno de Berlín había dado para el relajamiento de los cruces fronterizos hacia Berlín occidental. Miles de alemanes orientales se encontraban en el punto de la Calle Bornholmer, uno de los cruces en el Muro de Berlín, y demandaban a la policía que los dejara salir. Los guardias, impasibles, se negaban.

Todo cambió cuando las luces de una cámara de televisión se prendieron. La policía se desconcertó ante el inesperado testigo, y después de momentos de duda retrocedió. Por primera vez en 28 años, los berlineses orientales podrían cruzar el Muro sin peligro y sin preocupación.

Ahí comenzó el derrumbre del Muro de Berlín, el símbolo más tangible de la *guerra fria*, la vieja *cortina de hierro* con la que Winston Churchill definiera la geopolítica de la posguerra. Sin embargo, ese acontecimiento sencillo, si se le aprecia en la frialdad del dato, no hubiera sido posible de no haber existido una serie de antecedentes.

Para 1989, el 95 por ciento de los hogares en Alemania oriental tenían una televisión, y en 80 u 85 por ciento de ese territorio las televisoras de Alemania occidental tenían alcance e influencia. Las cadenas de televisión de la Alemania capitalista proveían imágenes de un mismo pueblo donde la sociedad, en términos de libertad y prosperidad, era totalmente diferente a la de los orientales. La influencia de la televisión les permitía disponer de información y parámetros diferentes a los que les enviaban los medios gubernamentales, con los cuales comparar.

Un estudio de la Universidad de Bamberg reveló que cuatro años antes de la caída del Muro de Berlín, 82 por ciento de los alemanes orientales veían regularmente la televisión alemana occidental, 17 por ciento frecuente u ocasionalmente, y sólo el uno por ciento lo hacía rara vez. En contrapartida, sólo el 10 por ciento veía los canales estatales de Alemania oriental, 18 por ciento ocasionalmente, y 72 por ciento muy rara vez. La televisión occidental probó ser la principal fuente de información de los orientales -y de credibilidad: 80 por ciento dijo creerle más que a la televisión de Berlín oriental.

Este bombardeo informativo fue erosionando las estructuras de autoridad y acelerando el rompimiento de las normas y reglas que regían sobre los alemanes orientales. Sus mentes fueron modificándose de un mundo tamizado por la ideología, a un mundo real. Las presiones que los medios ejercieron sobre las autoridades socialistas las llevó a dar entrevistas, que sirvieron a la postre para que los alemanes orientales pudieran conocer las ideas, los alcances y las limitaciones de sus gobernantes. Al perder la solemnidad y lo mítico que da la lejanía, y mostrarse como eran en las salas de sus casas, los orientales se midieron intelectualmente con ellos, les perdieron el miedo y terminaron echándolos.

Sería ingenuo pensar que los medios de comunicación solos pueden hacer el trabajo de transición a la democracia. Se requiere incuestionablemente el trabajo político de organizaciones y partidos, la pérdida de consensos en el aparato gobernante y las condiciones externas que propicien el cambio.

Cuando el derrumbe del socialismo estalinista se dio, el sistema político mexicano, muy parecido a las burocracias socialistas en su estructura de mandos y disciplinas, sólo se tambaleó. Cuando las dictaduras latinoamericanas pasaron a ser un pasaje de la historia, el sistema político mexicano, muy similar a ellas en lo mesiánico y brutal de sus acciones, ni siquiera sintió una brisa.

Ahora que por la redistribución del poder derivado de la reforma económica salinista las condiciones vuelven a crearse para un cambio, legisladores, medios y sociedad dejan pasar la oportunidad. Cada año surge en el mundo una analogía con México, y cada año esa analogía evoluciona políticamente y México se mantiene estático.

En el gobierno salinista se mantiene la posición de que los mexicanos no están listos para la democracia, por lo cual se tiene que ir haciendo una reforma gradual. Máxima salinista y de sus testaferros es que la reforma económica no se podría haber

Este País 31 Octubre 1993

hecho a la par de la política. La evocación transporta irremediablemente a China.

En China, donde existe un régimen más cerrado que el mexicano, el director del semanario de Shangai *Shijie Jingji Daobao {El Heraldo Económico Mundial}*, Qin Benli, un veterano periodista comunista, sostenía públicamente que sin reforma política las reformas económicas no podrían tener éxito. Eran los tiempos de Tiananmen, en el inicio de un cambio aún en gestación.

El control de la prensa en China era férreo por entonces, pero la muralla informativa comenzó aperder cohesión en abril de 1989 cuando unos cuantos miles de estudiantes, principalmente de la Universidad de Pekín, se concentraron en la Plaza Tiananmen para rendir tributo a Hu Yao-bang, ex secretario general del Partido Comunista, quien había fallecido.

Ningún medio daba cuenta del hecho, pero un día después, el 19 de abril, el diario nacional *Keji Ribao {El Diario de Ciencia y Tecnología)*, que nunca publicaba información política, hizo un relato de los hechos muy preciso, con fotografías de los estudiantes, algunos de ellos con los puños en alto. Ese atrevimiento empezó a estimular a otros directores de medios a ir desafiando, poco a poco, las rutinas informativas, en un proceso, ese sí gradual, de desmantelamiento del control.

Los medios impresos chinos se levantaron con dignidad, cansados de las rutinas que tenían que soportar.

Por ejempio, a finales de la década de los noventa un grupo de trabajo de seis personas del Departamento de Propaganda del Comité Central de Partido Comunista chino, solía reunirse todos los lunes para decidir qué temas serían manejados durante la semana y en qué se enfocarían los artículos de opinión. Al día siguiente, los directores de periódicos eran llamados al Departamento de Propaganda donde se les informaba sobre los temas y las políticas editoriales. De ahí, las instrucciones permeaban hasta los reporteros y a sus rutinas diarias.

El fenómeno que fueron enfrentando las autoridades chinas era que por más directrices que dieran, siempre había reporteros dispuestos a informar en función de lo que habían visto o fotografiado. El 20 de abril, la noche de la masacre en la Plaza Tiananmen, fue un ejemplo de esa fuerza que empezó a abrir hoyos en los diques de control. Dos semanas después, 200 periodistas chinos marcharon por las calles de Pekín con pancartas que decían: "No nos obliguen a difundir rumores". "Nuestras plumas no pueden escribir lo que queremos escribir", y "Las noticias deben reportar la verdad".

Hubo editores y reporteros que perdieron sus trabajos por no seguir las instrucciones gubernamentales. La prensa china respondió con una demanda firmada por mil 13 periodistas de 30 medios de información, en la cual demandaban un diálogo con el gobierno, con el argumento de que los ciudadanos tenían derecho a saber qué pasaba con la prensa en China. El diálogo nunca se realizó, y el gobierno recuperó el control sobre la prensa.

Pero las cosas no volvieron a ser iguales. La difusión que tuvo la rebelión estudiantil china en el otoño de 1989 provocó una división interna en el partido que, a su vez, previno una represión masiva. Adicionalmente, la participación de la prensa tuvo un efecto educativo sobre varios segmentos de la sociedad china, y permitió que se movilizara a un sector que no había estado conectado con los estudiantes: la clase obrera. La difusión de las manifestaciones en Pekín sirvieron también como un catalizador en el resto del país, donde se escenificaron protestas en cuando menos 81 ciudades.

El régimen chino se ha endurecido, pero tres experiencias positivas permanecen: la democracia es un tema en la mente de todos los chinos; gobernantes y gobernados se han dado cuenta que la inconformidad es mucho más amplia de lo que ambas partes habían imaginado, y la forma como se manejaron los acontecimientos amplió la oposición.

Alemania y China, dos casos lejanos pero muy próximos. Lecciones pasadas que no se han contemplado en México. Un error de quienes podrían haber hecho la diferencia. Una victoria del gobierno salinista, sin haber apostado mucho, gracias a lo pequeño de sus interlocutores.